

Gustavo Cabrera Acevedo

POBLACIÓN  
Y SOCIEDAD

DISCURSO DE INGRESO

CONTESTACIÓN  
Leopoldo Solís



POBLACIÓN  
Y SOCIEDAD

---



Gustavo Cabrera Acevedo

POBLACIÓN  
Y SOCIEDAD

DISCURSO DE INGRESO  
(19 DE NOVIEMBRE DE 1981)

CONTESTACIÓN  
Leopoldo Solís



Coordinación editorial: Rosa Campos de la Rosa

Primera edición: 2013

D. R. © 2013. EL COLEGIO NACIONAL

Luis González Obregón núm. 23

Centro Histórico. C. P. 06020, México, D. F.

Teléfonos: 5789.4330 • 5702.1878 Fax: 5702.1779

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Correo electrónico: [contacto@colegionacional.org.mx](mailto:contacto@colegionacional.org.mx)

[colnal@mx.inter.net](mailto:colnal@mx.inter.net)

Página: <http://www.colegionacional.org.mx>

POBLACIÓN  
Y SOCIEDAD



## I

**P**artimos de la consideración que el conocimiento científico, incluido el campo específico de lo demográfico, no puede ser entendido al margen del desarrollo histórico de la sociedad en su conjunto. Así, la ciencia no tiene una existencia autónoma, ni puede, por tanto, ser entendida separada del resto de las actividades en las que se involucra el quehacer del hombre. El resultado mismo del conocimiento científico influye, de manera clara, sobre el desarrollo general de la sociedad. Por lo tanto, el desarrollo de la demografía sólo puede ser comprendido en el contexto de las leyes que rigen a la sociedad en el que surge.

El conocimiento es producto del pensamiento que resulta de la relación entre el sujeto pensante y el objeto de estudio; pero de ninguna manera puede afirmarse que el pensamiento engendra la realidad; ésta existe por sí misma,

antes y después del proceso de la investigación. Es en este sentido que afirmamos que en la relación establecida entre ciencia-realidad, es esta última la que determina a la primera.

En el campo de la ciencia social, en donde uno de los problemas es el de la subjetividad del conocimiento, algunos pensadores, fundamentalmente los positivistas, han tratado de eliminarlo o reducirlo, acudiendo al campo de las llamadas ciencias positivas, como es el caso de la física. La pretensión es tratar el objeto de estudio de las ciencias sociales a la manera como el físico se enfrenta a su propio objeto, es decir, despojado de todo prejuicio y como si fuera una finalidad a la que no lo une más que el interés cognoscitivo.

El intento positivista en el área social se enfrenta a situaciones diferentes: el individuo personalizado por el investigador es, en tanto miembro de la sociedad, objeto de estudio de su misma actividad científica, por lo que se halla ante una realidad dualista de ser objeto y sujeto de su propio ejercicio científico.

Ahora bien, en la moderna sociedad industrial, la ciencia en general juega un papel en la reproducción del sistema social en el cual se desenvuelve. Las ciencias naturales tienen una relación directa con el desarrollo de la vida económica, y es en este hecho en el que se sustenta

el privilegio y la primacía de que gozan en nuestro tiempo. A las ciencias sociales, por su parte, se les ubica en el plano de la ideología y de la superestructura en general; de ahí el avance diferencial de una y otra clase de actividad científica.

Dentro del conjunto de las ciencias sociales, la demografía participa de estas características generales, de tal manera que la población, en tanto realidad concreta, y la demografía, en tanto el producto intelectual de la aprehensión de esa realidad, se hallan determinadas por las relaciones sociales en las que están inmersas, y por el momento histórico al que responden. De la misma forma, el campo de lo político condiciona y es condicionado por la manera particular en que se desenvuelve el acontecer demográfico de una nación.

La demografía, término que explicita la cuantificación y calificación del conjunto social, no siempre ha sido vista desde una misma óptica. Su método y sus conclusiones han variado según el nivel de conocimiento que aportan los hombres de cada época.

El surgimiento de ideas en torno a la población se remite a los tiempos más remotos. Así, por ejemplo, en la antigüedad, el conocimiento sobre la población se relacionaba directamente con la práctica administrativa del Estado; de

esta manera, importaba la población en tanto mano de obra indispensable para la explotación de la tierra, que era la fuente primordial de la riqueza de la época.

Una población numerosa era la mejor garantía para el bienestar de la sociedad. El celibato era una desgracia; el matrimonio era deber y destino del hombre. La multiplicación de los nacimientos era un gran bien, y la paternidad, además de traer felicidad, constituía la mayor prueba de la gracia divina.

Durante el periodo mercantilista, además de las ventajas económicas a que daba lugar una población de gran tamaño, se exaltó la utilidad de carácter político y militar, al establecerse una relación directa entre el poder estatal y el número de personas.

Aun cuando en este periodo se dan algunos avances en el conocimiento de la población, el hecho demográfico, las causas y variables que determinan el crecimiento poblacional, así como las relaciones que entre ellas se establecen, permanecen sin explicar.

Los llamados economistas clásicos, entre los que destacan Ricardo y Sismondi, mantenían dos posiciones respecto a la población. Por un lado, sostenían que el crecimiento de la población es producto de la acción de determinados

factores que tienen relación con la propia naturaleza humana y, que una vez llegado a un punto, se frena automáticamente. De esta manera, el aumento de la población deviene en un signo de prosperidad económica.

Otra de las posiciones, que se apega menos al carácter inmutable de los factores biológicos, señala la posibilidad de que el hombre, al conocer las causas y determinantes de la evolución de las poblaciones humanas, está en condiciones de actuar conscientemente, según la necesidad de incrementar o limitar la población.

En el año de 1798, Thomas Robert Malthus publica el libro que habría de constituirse en el punto de referencia obligado para el pensamiento demográfico posterior. Desde el momento mismo de su publicación, la obra de Malthus está destinada a la confrontación y a la polémica, porque sus posiciones teóricas están decididamente vinculadas a sus posiciones políticas.

En un mundo convulsionado por los efectos políticos, sociales y filosóficos de la revolución francesa, la obra de Malthus es, para los ingleses de finales de la última década del siglo XVIII, algo más que una simple obra de interés científico. Es, ante todo, la manera particular de entender la naturaleza y el devenir de la sociedad,

pero de una fracción de la sociedad inglesa: la aristocracia.

Las ideas propuestas por Malthus se sintetizan de la siguiente manera: el crecimiento de la población no debe, de ninguna manera, superar el crecimiento de los medios de subsistencia, porque de ocurrir así, la sociedad humana enfrenta un obstáculo insuperable en la búsqueda de su perfectibilidad.

Todo ese conjunto de conocimientos que históricamente se fueron acumulando en torno a la población adquiere carta de ciudadanía científica cuando, en 1855, Achille Guillard la denomina demografía.

No obstante, ya en el siglo XVIII se hablaba de una ciencia descriptiva del Estado, la estadística, que es en realidad el antecedente más inmediato de la demografía.

La demografía se apoya en instrumentos científicos cada vez más eficaces, los cuales le permiten auscultar el tiempo social, contribuyendo de esta manera a la planificación de un país, en la medida de las necesidades de sus ciudadanos y de las fuerzas sociales, que son las que en verdad deciden la marcha de una nación.

Indudablemente, la evolución de la sociedad y su transformación cotidiana obliga a la búsqueda constante de nuevos métodos, y a la

conformación de nuevas teorías que den cuenta del proceso de cambio en el que se halla inscrita la población.

El investigador en el área de la demografía es uno más de los que conforman el marco de la ciencia social; su trabajo es incorporado al conocimiento en una doble función.

Por un lado, enriqueciendo el cuerpo teórico-metodológico durante el ejercicio de su investigación; por otro, privilegiando el conocimiento adquirido y dándole la dimensión histórica pertinente, para que, a su vez, aquellos a quienes corresponde la toma de decisiones puedan optar, entre las alternativas, por las que respondan con más objetividad a las situaciones concretas.

Esta labor implica la búsqueda de métodos que ubiquen al objeto de estudio en el espacio social y en el tiempo, es decir, hay que discernir la lógica del objeto de estudio, que no es sino el discurso de la población, dando a cada hallazgo una dimensión explicativa a distintos niveles de la realidad.

Esta disciplina, pues, es una disciplina histórica que trabaja en el tiempo, que es el escenario de las ciencias sociales.

Por eso, podemos afirmar que existen momentos en el desarrollo de los pueblos que exigen interpretación a su crecimiento y estructura;

y cada época ha respondido, a través de sus pensadores, con la verdad que sus recursos le permitieron, y la objetividad que sus necesidades le demandaron.

La revolución demográfica se consolidó en el mundo desarrollado en un periodo de 300 años. Fue el hombre quien creó un estilo de vida y, a la vez, modificó la estructura social con los beneficios de la acción productiva.

Estos progresos se tradujeron en más salud, menor mortalidad y, por tanto, mayor crecimiento poblacional. Asimismo, los cambios que indujo la revolución industrial que transformaron las sociedades agrícolas, dieron lugar a la llamada revolución urbana.

Las demografías europeas y norteamericanas nacieron para explicar aquellas realidades y en todo caso, para darle cauce a la evolución de los procesos poblacionales que se derivaron de su modernidad.

México ha desarrollado esta disciplina al ritmo de su población, al mismo tiempo que esta población ha creado su propia fisonomía.

El conocimiento, en tanto causa y consecuencia de los hechos demográficos, ha dejado de ser una intuición estadística y censal más o menos práctica con el fin de gobernar, para convertirse en conocimiento histórico que clarifica

el ayer. Así, a partir del análisis de los cambios poblacionales, se logra la interpretación del presente y la planeación del futuro. En una palabra, la demografía se ha incrementado en la ciencia de lo social.

Distintas concepciones del mundo y del hombre han propiciado también diversas interpretaciones al problema demográfico. Las corrientes han versado entre la interpretación individual y la explicación colectiva, y se motivan desde la pugna entre la validez del dato cuantitativo a la significación cualitativa del fenómeno.

## II

La historia de la población de nuestro país es también la lucha de una nación por encontrarse a sí misma, por construirse como un país con raíces propias y por defender su integridad territorial y cultural.

La población es el primer dato que posibilita la historia y la cultura; es ese conjunto de hombres en el que toman forma y sentido los grandes mitos, las grandes luchas y los grandes acontecimientos que conmueven las conciencias de los pueblos.

El México del siglo XX es la Revolución Mexicana, sus instituciones, sus movimientos sociales, sus esperanzas y sus desilusiones; su arte, su pintura, su música, sus hombres que trabajan en el campo y en las ciudades. Y es también el llamado mundo prehispánico: es Moctezuma entregando la ciudad y el reino azteca a los españoles, al pensar que era Quetzalcóatl que regresaba a recuperar aquello que le pertenecía. El México de hoy es también Cortés y la Malinche, es decir, el mestizaje étnico y cultural; es la Colonia y sus instituciones, Hidalgo y la Independencia, las guerras de intervención, Juárez y el Porfiriato. En fin, somos la síntesis de nuestros grandes mitos, de nuestros grandes hombres, y de los grandes hechos históricos que han permitido la conformación de un país, de una nación, de una sociedad.

Hacer la crónica demográfica de México es referirnos a esos pequeños o grandes trozos de una historia que los hombres han tejido con su vida y su trabajo. Es efectuar divisiones del tiempo donde caben lo demográfico, lo económico, lo cultural y la guerra; y es también indagar por qué migra la gente, cómo se comporta nuestra natalidad y nuestra mortalidad; por qué hay ciudades que crecen más, cuál es la causa de que

la población se distribuya y organice su vida en determinadas zonas del país.

La historia de la población indígena es la historia de la humanidad, que si bien varía en tiempo y espacio, las diferentes etapas de su evolución desembocan también, como en otras partes del mundo, en eso que constituye el primer símbolo de la modernidad y el progreso del mundo occidental: la invención de la agricultura. Así, el indígena americano, lejanamente ligado a los grupos de Asia, sufre su primer transformación cuando domestica a la naturaleza, y deja de vivir en grupos dispersos que buscan alimentos ya sea en la recolección, ya sea en la caza. En el territorio que ahora habitamos floreció una civilización, un modo de vivir y un *cuantum* de población que se llamó Mesoamérica, cuyo factor de arraigo y crecimiento fue la agricultura.

Se ha hablado de la gran revolución que la agricultura trajo a la vida humana, en el sentido de constituir el salto más importante que dio la humanidad desde sus más remotos orígenes. Con base a este hecho se distinguen cultivos especializados, en al menos tres regiones que son cuna de poblaciones específicas y, para distinguirlas, el mejor indicador ha sido su tipo de cultivo: Asia se denominaba en esa época como

la cultura del arroz: Europa y el Norte de África la del trigo, y Mesoamérica la cultura del maíz.

No es casual que sean cereales, almacenables y capaces de dar como resultado un excedente de producción. Ello permitió a los hombres dejar la vida nómada y asentarse en comunidades de cultivadores y consumidores, que se organizaron rudimentariamente en sociedad.

Comienza así una nueva etapa en la división del trabajo; primero sexual, después a partir de jerarquías familiares o de grupos, y finalmente social. Esta división también es la división de los bienes de la población, que antes estaba sujeta a la supervivencia individual del más fuerte, del más hábil para buscar alimentos; ahora se pone en manos de los ciclos de cultivo de los elementos climáticos; depende socialmente de sus cosechas, de su trabajo y de la habilidad social para crear implementos que aseguren su producción y el almacenamiento de sus productos.

El indio americano, el egipcio, el europeo viven en épocas distintas la misma realidad; de ese modo, sus poblaciones mueren por una sequía prolongada, una epidemia o una guerra tribal; pero nacen y sobreviven coincidiendo con buenas cosechas, lluvias generosas y mejores instrumentos; las sociedades son cultivadoras de hombres y alimentos.

En la América de los años 900 a.C. a 1500 d.C., se da el gran proceso de crecimiento y decadencia de innumerables culturas y, con éste, el del sometimiento de las menos evolucionadas por parte de aquéllas que sintetizan los mejores elementos de producción y organización social.

Los aztecas impusieron su dominio por medio de un régimen tributario, donde organizaban la división del trabajo y aseguraban su subsistencia de este modo. Garantizada la reproducción social, la población crecía proporcionalmente en mayor medida que la de sus tributarios.

Cada población, en el auge de su vigor productivo, se caracteriza por el crecimiento demográfico, cuando se realiza el triunfo de la vida sobre la muerte.

Los aztecas eran la suma y totalidad del tiempo, ellos eran el Pueblo del Sol, y el sol era el tiempo nuevo y la única posibilidad de existir; por eso, cerca de 18 millones de indígenas eran súbditos del pueblo de Moctezuma.

Población era riqueza, que a mayor número significaba menos muerte. Así se encuentran indios y españoles de universo a universo; 18 millones de indios, los más sometidos, contra un puñado de representantes del llamado por ellos mismos “universo mundo”.

Este enfrentamiento de dos mundos, que está enmarcado por la conquista, significó la evolución de la población de México a partir del siglo XVI, constituyendo un hecho decisivo, no solamente para el desenvolvimiento ulterior de la sociedad mexicana, sino incluso porque repercute en la economía mundial, en la medida que el descubrimiento y la colonización de América fueron fenómenos históricos que influyeron significativamente en la formación de las sociedades capitalistas europeas. Toda la evolución anterior que había venido siguiendo la población indígena en el periodo prehispánico se ve de pronto interrumpida, de una manera violenta, por la conquista española y por la colonización subsecuente.

En términos de población, la humanidad deja la huella de su actividad histórica en los espacios poblados; al poblar, los grupos signan su tiempo, dejándonos un perfil hereditario. La conquista no es poblar; es modificar el poblamiento. Ésta descansó en una serie de hechos entre los que sobresalen los aspectos políticos, los militares y los religiosos. Dentro de los aspectos políticos destaca la habilidad de los conquistadores para percibir y aprovechar el descontento entre algunas tribus indígenas en contra de los aztecas. Dentro de lo militar fue

fundamental la utilización de las armas de fuego y la caballería. Desde el punto de vista religioso, es evidente que uno de los elementos de importancia fue la conquista espiritual llevada a cabo por los misioneros.

El resultado más claro de la conquista, en términos demográficos, se puede percibir en sus efectos sobre la población. El México central poseía, en el periodo anterior a la conquista, una población que fluctuaba en alrededor de 18 millones de habitantes, según hipótesis intermedias que existen al respecto. En ese periodo la ciudad de México era una de las más populosas del mundo. Se estima también que alrededor del 50% de la población total que vivía en Mesoamérica habitaba en comunidades de 15 000 o más habitantes.

Esta población indígena existente en México hacia 1519, es decir, en el periodo inmediatamente anterior a la Conquista, sufre una disminución brutal en los años posteriores. Éste es uno de los fenómenos de disminución de población más drásticos por los que ha pasado la humanidad.

Existen diversas interpretaciones acerca de las causas que provocan la caída de la población en México. La teoría homicídica atribuye las pérdidas de la población a la acción directa de los conquistadores: matanzas sistemáticas,

crueledades infinitas, además de la exigencia de esfuerzos sobrehumanos en el trabajo.

Por su parte, la teoría del desgano vital hace referencia a una especie de decaimiento moral generalizado en la población indígena, como consecuencia de la pérdida de su mundo, de sus valores y de su cultura. De pronto se hallaron inmersos en una sociedad en la que no participaban, y perdieron todo interés vital. El resultado de esto fue la huida, el desarraigo, la disolución de los lazos familiares y comunitarios; por tanto, la población ya no tenía ningún interés en reproducirse.

El reacondicionamiento económico y social constituye otra tesis en la explicación del despoblamiento en México. Esta reorientación de la vida productiva modificó el comportamiento biológico, ocasionando una mayor mortalidad y menor fecundidad.

Por último, diversos estudios contemporáneos consideran que otra causa la constituyen las epidemias traídas a América por los españoles, y contra las cuales la población indígena no tenía defensas.

Tal vez la acción de estos hechos vino a provocar que hacia 1550 la población indígena existente en la Meseta Central fuera de 6 millones, descendiendo a sólo un millón en 1608.

La colonia constituyó en sí una experiencia histórica que corrió por todo el mundo. El mundo se acercaba; los mercados se ampliaban, y la cultura occidental se diseminaba por el planeta.

La Colonia, pues, fue una época de la humanidad vivida en distintas latitudes y tiempos; pero colonia al fin; es decir, régimen político, social y económico enclavado en las relaciones mundiales del mercado.

Esta época vivía el impulso reciente que daba la nueva revolución agrícola, revolución tecnológica y productiva que modificó sensiblemente el control sobre ciclos de cultivos, hambrunas y, por tanto, disminuyó su mortalidad. La población europea se preparaba para iniciar una escalada de crecimiento poblacional que se estabilizará apenas en el siglo XX.

México también cambiaba la fisonomía de su población. La colonia, para subsistir, se basaba en enclaves minero-agrícolas o minero mercantiles, cuya base definitiva era el empleo de mano de obra.

Regiones florecieron, regiones cayeron, pero la población, siempre en movimiento, iba detrás del trabajo. A la diezmada población indígena se sumaron un grupo de españoles que, poco a poco, realizaron el mestizaje; mano de obra importada o esclavos, que se incorporaron

al trabajo de plantaciones, y que se movían también de región en región.

La Colonia significó para nuestro país crecimiento y movimiento social; se estima que la población total fluctuó durante este periodo, que concluye en 1821, entre 6 y 7 millones de habitantes, es decir, la población se recuperó lentamente a partir del siglo XVII, y a continuación prácticamente se estabilizó. En el año de 1630 se estiman 6 millones de habitantes, y en 1810 6 y medio millones.

A partir de la consumación de la Independencia se tiene otro panorama desolador en términos del crecimiento de la población. En el año de 1821, la población del país era de cerca de 7 millones de habitantes; se calcula que 600 mil personas murieron en los enfrentamientos militares durante la lucha por la Independencia. El bajo crecimiento de la población que siguió a esta etapa tiene como causas fundamentales el hecho de que el aparato productivo quedó prácticamente destruido, por lo que el país tuvo que pasar por una larga etapa de reconstrucción.

El crecimiento total de la población entre 1823 y 1874 fue muy lento, ya que en este último año la población ascendía a nueve millones de habitantes: esto significaba una tasa de crecimiento media anual de la población del 0.55%.

Este bajo crecimiento de la población se explica porque las condiciones económicas del país estaban deterioradas, además de las grandes epidemias que azotaron a la población y las guerras civiles e invasiones frecuentes en la época.

En realidad podemos afirmar que la situación del país era el despoblamiento, cuantitativo y cualitativo; este último, en términos de desarrollo interno, significaba una población desgastada e impreparada para mantener un ciclo productivo estable. Las minas inundadas; la agricultura dispersa y la tierra en pleito a consecuencia de factores como las guerras internas; un Estado sin proyecto organizador de las regiones; pugnas entre liberales y conservadores, y la Iglesia dueña de la mayoría de los terrenos cultivables, impedían al país afrontar el compromiso de ser una nación solvente en el mercado internacional de la época. El país se encontraba despoblado, con inmensos territorios ociosos para una cantidad de gente que no bastaba para ocupar tanto espacio por falta de elementos poblacionales o por falta de recursos materiales.

En esa época, hacia la mitad del segundo tercio del siglo, México se enfrenta, sin población y sin infraestructura, a las demandas extranjeras; por un lado, los territorios del norte del país, poco poblados y limítrofes a los Esta-

dos Unidos son paulatinamente colonizados extraoficialmente, por las relaciones de comercio del sur con los Estados Unidos y la expansión de su propia población; por otro, la deuda externa de un país conflictivo por dentro, como era México, llegó a extremos peligrosos, al grado de que acreedores como Francia decidieron cobrarse por medios violentos; de ahí la historia de la invasión.

El problema con los Estados Unidos provocó una escalada militar que atentó contra nuestra soberanía. Fue entonces cuando México, como consecuencia de la guerra, en 1847, perdió más de la mitad del territorio: la zona norte del país se anexó a los Estados Unidos.

Poblacionalmente, la afectación fue distinta. Escasos datos hay al respecto, pero destaca el poco significado en términos de crecimiento de la población, que tuvo esta pérdida territorial. La población en México, aun en estas condiciones geográficas, era insuficiente.

La Reforma, como época de transición que termina con la elaboración de las bases para el Estado Moderno Mexicano en 1857, trae consecuencias en el movimiento social de la población al desamortizarse los bienes de la Iglesia, poniéndose en venta sus grandes propiedades rurales. Gran cantidad de mano de obra campe-

sina se reubica, según los nuevos esquemas de producción regional, hacendaria o de plantación.

La creación de las nuevas vías comerciales por medio del ferrocarril estimula el crecimiento demográfico en todas las zonas que quedan bajo su influencia.

La conciencia de la escasez de población emerge como una cuestión de gran trascendencia, tanto para la protección de la integridad del territorio nacional, como para la explotación de los recursos naturales con los que se contaba. Ya desde entonces surgieron las primeras propuestas para promover la inmigración de población europea.

La etapa posterior, que se conoce como el Porfiriato, abarca de 1877 a 1910. En esta época, a pesar de las pésimas condiciones socioeconómicas por las que atravesaba la mayor parte de la población del país, se puede notar un incremento de la producción, al menos en los primeros años. Es ésta la época en que se plantea una mayor integración económica de las regiones del país y, a la vez, es en este periodo cuando los capitales extranjeros entran con más fuerza al país, sobre todo por las facilidades otorgadas por el régimen porfirista.

El crecimiento demográfico en esta época empieza a incrementarse; de una tasa de creci-

miento de la población de sólo 0.55% de 1823 a 1874, el país pasa a una de 1.1% de 1900 a 1910, duplicándose la tasa, como primer signo de la dinamización poblacional mexicana.

En el periodo revolucionario, 1910-1921, el país sufre nuevamente otra significativa pérdida de población: por lo menos un millón de habitantes muertos como consecuencia del movimiento armado más los que emigraron hacia los Estados Unidos, aparte de los que dejaron de nacer.

La población total de México en 1910 era de 15.2 millones; al terminar la fase propiamente armada del proceso revolucionario, en 1921, el país contaba con 14.8 millones de habitantes.

Las pérdidas humanas en la Guerra de Independencia y en los años de turbulencia política que siguieron a la consumación de la misma; la pérdida de más de la mitad de nuestro territorio a mediados del siglo pasado; las diferentes intervenciones extranjeras; la Revolución Mexicana, y otros hechos políticos y culturales que ocupan gran parte de la historia del país, influyeron en las ideas predominantes en torno a la cuestión demográfica con un intento permanente de poblar la República.

En el año de 1930, la población del país asciende a 16 y medio millones de habitantes, con

una tasa de crecimiento medio anual de 1.11% entre 1921 y 1930; esta tasa de crecimiento fue similar a la observada entre 1900 y 1910; vuelve a retomarse el proceso de dinamización demográfica que ya no se detendría hasta hace poco más de una década.

En el transcurso de estos años el Estado buscó, dentro de su política nacionalista, el crecimiento y la integración nacional. Por su parte, se adoptaron medidas para reducir la mortalidad y mantener elevada la natalidad; por otra, se iniciaron campañas de repatriamiento, con la finalidad de propiciar el retorno de los mexicanos que se hallaban en el exterior.

El proceso de industrialización iniciado en el país en el periodo cardenista va a influir, de una manera importante, en la evolución demográfica de México hasta el presente. La política cardenista y el nuevo modelo de desarrollo, en sus aspectos económicos y del bienestar social, originan un doble fenómeno.

Por una parte, la política económica fortalece el proceso de industrialización del país; este proceso se efectúa en ciertas zonas, fundamentalmente en la ciudad de México, en la ciudad de Monterrey y en Guadalajara. En estas ciudades se inicia el crecimiento acelerado de la población urbana que tiene como explicación,

tanto las mejores condiciones de vida en dichas zonas, como por constituir importantes mercados que posibilitan la absorción de gran parte de la población migrante. Además el propio crecimiento natural de la población, es decir, aquél que se origina por la diferencia entre la natalidad y la mortalidad, aumenta en forma considerable en estas regiones y en todos los centros urbanos del país.

Por otra parte, los programas de salud empiezan, en términos demográficos, a dar resultados que inciden directamente en un mayor crecimiento de la población, al efectuarse una disminución drástica de la mortalidad y, consecuentemente, un aumento de la esperanza de vida de la población.

Los cambios económicos experimentados por el país a raíz de la puesta en práctica de un modelo industrializador que aprovechó la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial y, a su vez, los cambios demográficos que estaban teniendo lugar como consecuencia de la reducción de la mortalidad y la intensificación del fenómeno migratorio, no modificaron sustancialmente el pensamiento demográfico, que persistió aún hasta finales de la década de los sesenta, en que se llega al nivel máximo de crecimiento, con una tasa de 3.5%.

El proceso del rápido incremento de la población no era planteado como un problema, puesto que la presencia de un alto y estable crecimiento económico relegaba a un segundo plano lo demográfico. La población, como proyecto de sistematización analítica, estaba ausente, salvo casos aislados, del horizonte de la investigación mexicana. Es evidente que la falta de una mayor y profunda apreciación de este fenómeno se explica, en principio, por la ausencia de centros de investigación y de profesionales que se abocaran a la tarea de plantear alternativas para el futuro de la población de México, en función de la evolución general de la sociedad.

La realidad rebasó las ideas prevalecientes en torno a la población, aun en aquellos grupos sociales más optimistas en cuanto al futuro de México, y se inició el cuestionamiento de las tesis poblacionistas que ocupaban el escenario de lo demográfico. Ahora, el problema se revertía y se discutían las consecuencias en la alimentación, en la salud, en la vivienda, en la educación, en el empleo, por nombrar sólo algunos de los requerimientos de una población que, motivada por su propia dinámica, crecía de manera alarmante.

Pero la toma de conciencia de la situación demográfica, como un fenómeno prioritario

dentro de los grandes problemas nacionales, fue algo que todavía tuvo que esperar para que las ideas y el pensamiento surgidos en la sociedad civil cobraran fuerza suficiente para ser asumidos por el Estado, como una realidad que requería atención especial.

La confrontación de ideas, que es en el fondo uno de los principales instrumentos de que se valen las ciencias sociales, pero también el peso de los acontecimientos que tenían lugar en la sociedad, hacen que, en 1973, el Estado Mexicano dicte una nueva Ley General de Población, en cuyo espíritu se deja sentir un cambio sustancial en la tradición poblacionista.

### III

La comprensión de lo demográfico, como uno de los ámbitos de la acción del Estado, constituye, en sí, un hecho histórico. Esto ocurre no solamente por la historicidad en la que se halla inmerso el conocimiento científico, sino porque son las condiciones de vida, o las llamadas condiciones materiales de la sociedad, lo que da lugar al surgimiento de una problemática y de las medidas con las que la sociedad misma las enfrenta, cuando se convierten en obs-

táculo para el funcionamiento del organismo social.

Es cierto que de una u otra manera, explícita o implícitamente, las sociedades han considerado lo demográfico. Así, en la antigüedad, el control del crecimiento de la población se convertía en control político sobre la misma sociedad, o de unas sociedades sobre otras. De esta manera, las guerras de conquista, las migraciones en masa y los procesos de colonización ocurridos en muchas partes del mundo, son causa y efecto de la manera peculiar en que asumen lo demográfico, no sólo algunos sectores de la sociedad, sino incluso pueblos enteros.

Así, las sociedades se plantean la regulación de sus recursos humanos cuando las condiciones económicas y sociales lo hacen necesario; cuando la cantidad se enfrenta a la calidad o, en su caso, cuando la cantidad no es suficiente para generar la calidad.

Las sociedades modernas no sólo han experimentado problemas de sobrepoblación; la escasez de población ha sido y es, en algunos países, motivo de preocupación. De esta manera, a fines del primer tercio del presente siglo encontramos una similitud del pensamiento demográfico imperante en México con el de algunos países europeos.

México, como se expuso anteriormente, se hallaba en una etapa de impulso a su crecimiento poblacional, en ese tiempo ligeramente superior al 1% anual. Esta tasa de crecimiento correspondía al producto de un alto índice de nacimientos, acompañado también de un alto índice de muertes. El factor fundamental que se debía atender era el de las condiciones de salud de los mexicanos; mediante medidas que mejoraran la salud se disminuiría la elevada morbilidad y mortalidad. Esto, aunado a las altas tasas de natalidad existentes, dinamizaría el crecimiento de la población.

Por otra parte, en esos mismos años, es decir, entre 1930 y 1935, algunos países europeos habían llegado a experimentar tasas de crecimiento demográfico semejantes y aún más bajas que la de México. Las causas eran evidentemente distintas: bajos índices de natalidad; bajos índices de mortalidad. Por razones diferentes, varios países europeos deseaban incrementar su población. En este caso, el factor a influir lo constituía la frecuencia de nacimientos, de manera que las parejas conformaran familias más numerosas.

Los motivos eran diversos y se explicaban por las particulares evoluciones de estas sociedades, así como por los diferentes proyectos económicos, políticos y sociales en los que se

hallaban comprometidos. En algunos países, el problema racial pareció, incluso, dominar el contenido de las políticas del Estado al respecto.

Pero, en general, es en estos países europeos donde encontramos, directa y explícitamente, los elementos que conforman una política demográfica con programas e instrumentos económicos, y sobre todo de carácter social, dirigidos a modificar deliberadamente la dinámica y el perfil demográfico de dichas sociedades; todo esto desde la perspectiva de sus objetivos específicos de desarrollo.

El surgimiento de políticas demográficas nacionales en Europa viene, entonces, como una reacción ante una amenaza al decrecimiento de la población, a pesar de no manifestarse, en la mayor parte de los países. La aparición de nuevos movimientos nacionalistas y la sensación del inminente conflicto bélico contribuyeron también a la formulación de dichos planes nacionales de acción en Europa. “La lucha por más habitantes” —término que se puso en boga en esos años, y que se originó en Inglaterra— se convirtió en una fase importante de la lucha por la fuerza y el poderío.

Vemos así, que bajo condiciones diferentes en su organización social, los países propugnaban por una mayor cantidad de habitantes. Los

programas para llevar a cabo el objetivo de incrementar el crecimiento demográfico iban dirigidos, sobre todo, al ámbito del mejoramiento social. En el caso de México, mediante la reorganización y ampliación de los servicios de salud; en el caso de los países europeos, por medio de una nueva estructura de la legislación social que protegiera, gradualmente, a las familias con mayor número de hijos. Así encontramos, por ejemplo, que en Francia se creó el sistema de pensiones familiares, extendido en forma tal que abarcara todas las clases, según la ocupación y los niveles de salarios regionales básicos. El subsidio por cada hijo se iba incrementando hasta llegar al caso de las familias que tenían 6 hijos dependientes, en las que las bonificaciones alcanzaban el 100% del salario básico de cada región. El sistema fiscal sobre la herencia se reorganizó, variando los impuestos inversamente con la cantidad de descendientes, e imponiendo tributos adicionales sobre los herederos sin hijos. Además, en la Unión Soviética se crearon impuestos especiales para los hombres y las mujeres sin descendencia. Asimismo se estableció la prohibición del aborto, que en años anteriores se había permitido.

Estas medidas, u otras muy semejantes, se llevaron a cabo a efecto de estimular el desa-

rollo de la natalidad. De aquí que el punto más importante de la política demográfica en aquellas naciones que, siendo técnicamente avanzadas, poseían una propensión marcada hacia la declinación en la natalidad, fue elegir dónde se pondría el mayor empeño: si en la cantidad de nacimientos, independientemente de las circunstancias, o en las condiciones bajo las cuales nacen y se crían los hijos. Este último planteamiento del problema conduce hacia la selección de medios que permitan, realmente, a familias más numerosas, mantener un nivel de vida elevado, en vez de llevar solamente incentivos especiales tendientes a incrementar, por sí, la cuantía de los nacimientos.

Este principio de la política demográfica no necesariamente fue interpretado y llevado a cabo a sus últimas instancias cuando México propiciaba un mayor crecimiento de su población; había también que incrementar las condiciones básicas del bienestar de las familias, cada vez más numerosas. Ahora bien, la realidad demuestra efectos diferentes a los que podrían haberse esperado; por un lado, los países en desarrollo, como México, si bien lograron un aumento impresionante en su crecimiento demográfico en un corto plazo, no obtuvieron un mejoramiento sustancial en el bienestar de las

clases medias y bajas, es decir, se dieron aumentos cuantitativos frente a un muy relativo incremento cualitativo. En otro sentido, los países europeos no solamente no modificaron la estructura familiar, sino que, al cabo de cerca de medio siglo, sin tomar en cuenta el efecto de la posguerra en la natalidad, tienen aún un menor crecimiento de la población, como lo demuestra la realidad actual, y continúan en la búsqueda de nuevos elementos transformadores de la conducta reproductiva de sus habitantes.

Es así como en el último tercio del presente siglo, el fenómeno demográfico se encauza bajo una doble perspectiva: el problema de altas tasas de crecimiento en países en desarrollo, y el de tasas bajas y aun negativas de crecimiento demográfico en países industrializados.

De tal forma, los distintos planteamientos de política demográfica requeridos por unos y otros, deberán centrarse en provocar procesos de disminución de los ritmos de crecimiento en los primeros y de aumento en los segundos.

Pero lo que necesariamente tendrán que enfatizar ambos bloques de países, es el problema del futuro y el de la planeación de ese futuro, de tal suerte que las medidas que se tomen en el presente no provoquen fenómenos contraproducentes en el plazo largo.

La búsqueda, en lo que a políticas demográficas se refiere, no es sólo la de poblaciones estacionarias, sino la de ritmos de crecimiento en donde la calidad de la vida humana sea el centro de las preocupaciones.

Los procesos por medio de los cuales evolucionaron las sociedades europeas modernas marcaron sustancialmente su comportamiento demográfico. Estos países consolidaron un crecimiento poblacional cuando nosotros aún no tomábamos conciencia de nuestra demografía; pero, paradójicamente, el rumbo que tomó su población desembocó en problemas de escasez y envejecimiento.

Los países europeos no planearon a futuro sus recursos humanos y se enfrentan hoy día a serios problemas que se manifiestan, entre otros, en la necesidad de trabajadores migrantes que provocan conflictos internacionales. Nosotros, guiados por el espejismo de la cantidad, descuidamos la calidad de la vida humana, por eso hoy se nos revierte el peso de una población creciente, a la que no podemos atender a plenitud. Es cierto que ya no crecemos con tanta intensidad como lo veníamos haciendo hasta mediados de la década pasada, pero la forma en que aún crecemos puede llevarnos a situaciones insostenibles en el largo plazo.

#### IV

Reconocemos que el problema demográfico del futuro no se reduce sólo a la vieja dicotomía crecimiento poblacional-medios de subsistencia. El planteamiento del crecimiento demográfico desemboca en aquello que ha constituido el centro de las discusiones del pensamiento económico, es decir, quiénes son los que, en la esfera de la vida económica, producen la riqueza social, y a quiénes se dirige, en el conjunto de la sociedad, esa riqueza generada por el trabajo humano.

Pero el reconocimiento del problema de la distribución no elimina, ni mucho menos, que el crecimiento demográfico constituye, hoy día, uno de los problemas fundamentales tanto en los países capitalistas como en los socialistas.

Es evidente, a la luz de los hechos, que la distribución de la riqueza, y obviamente, antes que nada, la producción de la misma, es un aspecto del que hay que partir como un supuesto previo; pero cuando los países surgen de una historia económica colonial y de bajos niveles de desarrollo, cuando la riqueza no existe por sí sola, sino que hay que crearla, y cuando se presenta como un imperativo sacar del atraso socioeconómico a un país con un largo pasado

de pobreza o de riqueza saqueada, entonces es cuando adquiere sentido hablar de políticas que traten de poner un orden y una lógica al crecimiento de la población.

Se ha planteado, además, que los adelantos científicos y tecnológicos del mundo moderno han resuelto el problema de la escasez de los recursos naturales, y en este punto hay que tener reservas, no porque el desarrollo moderno no pueda potencialmente hacer frente al problema del hambre en el mundo, sino porque en los hechos se comprueban situaciones contradictorias.

Es cierto que el desarrollo de la ciencia y la tecnología introduce un nuevo elemento en esa relación antitética que se establece entre crecimiento demográfico y recursos naturales; pero este elemento por sí solo no ha sido capaz de resolver este dilema. En los dos siglos que lleva la revolución industrial, que es, después de la invención de la agricultura, el mayor símbolo de la modernidad del mundo contemporáneo, los problemas del hambre, del empleo y del desarrollo en general subsisten, porque es necesario partir de una realidad; y es que no existe posibilidad de un desarrollo tecnológico y científico al margen de las estructuras económicas y de las fuerzas políticas que se disputan la hegemonía en el mundo actual.

Cuando se hace referencia a la tecnología como el elemento salvador de la especie humana, se le debe contrastar con el hecho de que la realidad que percibimos a diario es que esa tecnología se halla en manos de fuertes intereses económicos y políticos; en manos de ese poder y esa fuerza aparentemente invisible, que ha marcado una nueva orientación en las relaciones entre los distintos países y los distintos sistemas socioeconómicos que existen en el mundo, y esa fuerza y ese poder derivan del control que algunos países ejercen sobre la tecnología y, con base a ello, el establecimiento de esa nueva forma de la dependencia, que es la dependencia tecnológica.

Dentro de este contexto, la expectativa que tenemos del futuro de la población para fin de siglo no puede ser demasiado optimista, y es esto lo que debe movernos a la creación de los escenarios futuros en donde se vislumbren y propongan posibles alternativas a la evolución de un fenómeno que puede provocar perturbaciones irreversibles en el desarrollo futuro de la sociedad.

Visto así, cuando nos planteamos el problema demográfico desde la perspectiva del año 2000, se hace evidente que lo que está en la mesa de las discusiones es el problema de la

adecuación entre lo que un proyecto de desarrollo puede dar de sí mismo, y el número de personas que van a participar tanto en su creación como en los productos de ese proyecto. Por esto es que el fenómeno de la programación demográfica no es algo que se lo hayan planteado sólo algunos países, sino que es un planteamiento y es una práctica que efectúan países que poseen distintos sistemas económicos y políticos.

Lo que se requiere para el futuro de México no es la búsqueda de la demografía única del porvenir; no es el perseguir la falsa teoría de la “población óptima”. Lo que debemos plantearnos para el desarrollo global del país es lograr la sincronía entre una evolución demográfica que había venido mostrando, hasta la última década, un crecimiento excesivo para la estructura productiva del país, y los requerimientos exigidos por un proyecto de desarrollo económico y social más justo y ordenado.

El presente siglo posee características relevantes en términos de la evolución demográfica en México, y es esto lo que lo hace ser el siglo demográfico para el país, puesto que las diversas fases por las que se está atravesando desembocarán, a finales de siglo, en la última etapa de la llamada transición demográfica.

En los primeros años del presente siglo existían en el país tasas de crecimiento cercanas al 1%, llegándose, a finales de la década de los sesenta, a una tasa del 3.5%. A partir de aquí, se ha empezado a detectar un descenso notable. Los esfuerzos programáticos futuros en el ámbito sociodemográfico pueden llevar a un crecimiento demográfico cercano al que se tenía a principios del presente siglo —alrededor del 1%.

Para esto, la historia nos ha enseñado que la evolución de la población ha requerido, y seguirá requiriendo, la conciliación de perspectivas a veces contradictorias entre la esfera del individuo y la sociedad, entre el interés personal y el colectivo, y que si se descuida la calidad de la vida humana, como ha sucedido en el pasado, nadie podrá garantizar ni predecir el futuro de México, no solo en términos demográficos, sino también en lo que se refiere al desarrollo general de nuestra sociedad.

CONTESTACIÓN  
POR EL SEÑOR LEOPOLDO SOLÍS



**E**n toda presentación de un hombre distinguido surge el problema de cuáles rasgos se deben subrayar en él para entender mejor su obra. En el caso de Gustavo Cabrera, se podría elegir con seguridad un criterio: el de su huella en avances decisivos tocante a ideas, posiciones o acciones en el campo de la demografía mexicana. El *curriculum* de Gustavo Cabrera se entreteje y cruza, en múltiples instancias, con la historia del acontecer y de las perspectivas demográficas en México, a tal punto que hacer la reseña de la persona es hacer la reseña de la disciplina que ésta ha cultivado y representado.

Para aquilatar debidamente la obra de Gustavo Cabrera se puede empezar considerando uno de los posibles ejes en torno a los cuales ha girado y se ha desplazado de manera dinámica, cambiante y ascendente, la trayectoria intelectual y profesional de nuestro nuevo miembro. Este eje sería el paso del análisis técnico al aná-

lisis social de los fenómenos de población y, de ahí, al campo de la formulación y ejecución de políticas públicas en la materia.

La formación profesional básica la recibió Gustavo Cabrera de la Universidad Nacional Autónoma de México, en el área matemático-actuarial. Con este instrumental en su haber, sus progresos en el campo de la demografía fueron rápidos. Su especialización en este campo la adquirió a través de programas de posgrado, primero en el Centro Latinoamericano de Demografía, en Santiago de Chile, y después en la Universidad de Princeton, en los Estados Unidos.

Al regreso se incorporó de lleno a la tarea que el país reclamaba entonces: poner las bases para un conocimiento sólido y fundado de la realidad y tendencias demográficas de la población mexicana. En tal quehacer sus contribuciones son pioneras y, con visión acertada, se orientan hacia el futuro, pero sin descuidar ni el presente ni el pasado, cuyo conocimiento es fundamento firme para que el análisis del porvenir no sea un mero ejercicio especulativo, vacío de realismo e historicidad. A este momento pertenecen sus trabajos sobre las “proyecciones de la población de México 1960-1980”, los estudios metodológicos y cuantitativos sobre migración interna y mortalidad en México, y las

“estimaciones de los parámetros demográficos de principio de siglo”. Trabajos, todos ellos, que cubrieron vacíos en el conocimiento del fenómeno demográfico y cuya validez se mantiene en la actualidad.

Mención especial merecen, desde un principio, sus preocupaciones regionales; las proyecciones de población a nivel de entidad federativa, que, elaboradas a principios de los años sesenta, abarcaron hasta 1980. Este trabajo fue promovido por el Banco de México, y de inmediato se convirtió en obra de referencia obligada para los esfuerzos de previsión y planeación que se llevaron a cabo durante los años sesenta y setenta. Con las proyecciones culminó un proceso de investigación metodológica e informativa que venía madurando en el autor desde años atrás. Otros trabajos de proyecciones realizados con anterioridad no habían sido ni tan fundamentados ni tan amplios. La corrección de la información básica fue exhaustiva y el estudio de las corrientes internas abrió posibilidades para la elaboración de proyecciones desagregadas a nivel estatal, por sexo y grupos de edad. Que el esfuerzo realizado fue bien dirigido lo confirmó el hecho de que las tendencias seguidas por la población coincidieron, a veces en forma sorprendente, con gran parte de las tendencias es-

timadas. La importancia y utilidad de esta obra han hecho de ella un ejemplo de caminos por recorrer.

La labor de Gustavo Cabrera no quedaba, sin embargo, restringida a su producción. En concomitancia con sus tareas de investigación, su actividad académica hizo de él uno de los agentes claves en el proceso de institucionalización de la investigación y docencia demográficas en el país. Cofundador del Centro de Estudios Económicos y Demográficos de El Colegio de México (1964), emprendió la doble tarea de formar profesionales en demografía y colaborar en la elaboración de los programas que harían posible un conocimiento sistemático de la evolución y tendencias de las variables demográficas más importantes. Dentro de este ámbito, su labor docente ha pasado por los más diversos campos: de la mortalidad y la migración, a los modelos y proyecciones de población, y al tema de la política demográfica. Esta labor docente ha tenido como foro principal el propio Centro de Estudios Económicos y Demográficos, pero se ha extendido a diversas Facultades de la UNAM y a otras instituciones académicas y no académicas (como el Instituto Mexicano del Seguro Social o la Escuela de Salud Pública, entre otras).

Su labor para la consolidación institucional de los estudios de población en esta etapa podría sintetizarse, para no extenderlos en un *curriculum* demasiado largo, en un par de referencias. Por una parte, entre 1964 y 1969, Gustavo Cabrera fungió como Coordinador Académico de la Maestría en Demografía del Centro de Estudios Económicos y Demográficos de El Colegio de México para pasar a ocupar, a partir de 1970 y hasta 1976, la dirección de dicho Centro. Por la otra, su presencia como asesor, coordinador, miembro, codirector o presidente en muchos programas y comités de investigación, ha proyectado el interés por lo demográfico, y ha abierto oportunidades para su estudio en instituciones nacionales como el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología o diversos institutos de investigación de la provincia mexicana: el Centro de Investigaciones Económicas de la Universidad de Guadalajara, o el Programa de Desarrollo Regional de la Universidad Veracruzana. Desde luego, su labor se ha hecho más fecunda, a la vez que ha enriquecido la perspectiva de instituciones internacionales de las que Gustavo Cabrera también ha sido miembro activo, como el Comité Directivo del Comité Internacional de Coordinación e Investigación en Demografía, o la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población.

Del estudio y análisis demográficos surgió otra inquietud y un nuevo desafío: la búsqueda de la inserción de la problemática de la población en la temática de la política y la programación del desarrollo. Gustavo Cabrera participó con la pluma y la palabra, en el debate que se da en el país, en los años inmediatamente anteriores y posteriores al de 1970, en torno a la cuestión nacional de la población. Sus planteamientos y el papel clave desempeñado por él dada su posición al frente del Centro de Estudios Económicos y Demográficos, dejaron anónimamente su impronta en las formulaciones de la Ley General de Población de 1974. El ámbito propio de la cuestión poblacional es el de las metas y objetivos del desarrollo nacional. El objeto de la política demográfica es el establecimiento de interacciones armónicas entre dinámicas y estructuras demográficas con objetivos sociales y económicos.

Esta presencia anónima sólo presagiaba una labor más directa en el diseño y la implementación concreta de la política demográfica. Desde 1977, Gustavo Cabrera es el principal responsable de la política demográfica nacional, dada su calidad de Secretario General del Consejo Nacional de Población, órgano rector en materia demográfica dentro del marco institucional mexicano.

En este sentido, vale la pena destacar que el fundamento de la Política de Población de México descansa en su integración con los programas de desarrollo. Esta estrategia abre nuevos cauces, por ejemplo, en la investigación socio-demográfica, al profundizar los mutuos efectos que se dan entre población, educación, asentamientos humanos, desarrollo agropecuario, etc.; pero además permite que la propia política demográfica adquiriera una nueva dimensión. Ya no servirá solamente para conducir el fenómeno demográfico, sino que ahora se convertirá en un elemento endógeno en la planeación del desarrollo nacional y regional. Cabrera ha sido el impulsor de esta nueva forma de concebir la política de población.

En este punto, parecería cerrarse un círculo en la obra de Gustavo Cabrera. Bajo su dirección, la política nacional cuenta con una nueva serie de proyecciones demográficas, donde ya no se “esperan” desarrollos futuros de la población, sino que éstos se programan para coordinarlos con la dinámica del país en otras esferas. Se busca que la desaceleración del crecimiento demográfico nacional no produzca desbalances regionales que distorsionen aun más la dispar situación regional del país. Se siguen de cerca las corrientes migratorias para que se dirijan ha-

cia los puntos del espacio donde se abren las nuevas oportunidades económicas, o para que éstas encuentren una infraestructura adecuada a la realización de los potenciales del recurso humano.

Éstas son las nuevas avenidas que recorre Gustavo Cabrera, el demógrafo, a la vez que sigue respondiendo a viejos requerimientos en el campo de la investigación, en su calidad de Vocal Ejecutivo del Programa Nacional Indicativo de Investigación Demográfica del CONACYT, o en el campo de la institucionalización del demógrafo y su quehacer como Presidente de la Sociedad Mexicana de Demografía.

Pero, en qué consiste precisamente este quehacer? ¿Cuál es su importancia? Ya hemos dado una respuesta al recorrer brevemente las etapas que ha transitado uno de sus más distinguidos representantes.

Sin embargo, incursionaré también sumariamente por este campo intentando proporcionar alguna guía sobre el lugar de la demografía dentro del vasto campo del conocimiento humano y sobre la utilización de la ciencia para el mejoramiento de la sociedad.

Para comenzar permítaseme decir que la demografía es, en apariencia, un laborioso conteo un tanto mecánico, carente de apoyo teóri-

co, de hombres y sucesos vitales (nacimientos, uniones y decesos) al que no siempre se quiere conceder el calificativo de ciencia. Los demógrafos han estado ampliando sus horizontes e intereses más allá de esta apreciación simplista y rígida. En una tentativa por compendiar en pocas palabras un campo en rápida expansión, se podría pensar que lo privativo y sustancial de la demografía, como ciencia o área de conocimiento, es el estudio de las variaciones en el tamaño y estructura de las poblaciones humanas y de las interacciones entre estas variables y otros aspectos de la sociedad y la economía. Es decir, el cambio demográfico y los factores que lo causan adquieren primacía. Importa o concierne a la demografía tanto la dinámica interna de las poblaciones, como su expresión externa. Esto último orienta a la demografía hacia los más amplios determinantes y consecuencias sociales de la dinámica interna de las poblaciones. De ese modo, el examen sistemático e integral entre lo social y la población se constituye como el núcleo central y específico de la demografía en cuanto a disciplina científica. A partir de esta concepción amplia, a la vez que integral, se entienden mejor sus más recientes desarrollos. Algunos de éstos pueden ser enumerados.

Para empezar, la unidad misma del estudio y análisis no es única. Originalmente, la atención se dirigía a los cambios en el tiempo de los agregados de población, independientemente de los individuos que los componen. Ahora, aun manteniendo como foco central de la demografía los fenómenos agregados, su conocimiento pasa a través de la comprensión de agregados más pequeños cuyas unidades o miembros interactúan entre sí. La creciente atención concedida a unidades tales como la familia, la pareja, el individuo o el grupo social, multiplica las posibilidades de comprensión de la dinámica de los agregados de población.

Esta orientación más amplia de la demografía se asocia a cambios en la base de datos manejados o puestos a disposición del demógrafo. Es tradicional pensar al respecto que las fuentes de información demográfica por excelencia son el censo y las estadísticas, o el registro de los llamados hechos vitales. Sin embargo, la encuesta por muestreo ha surgido como el instrumento más importante para recolectar información. Esta fuente de datos, en combinación con otros veneros, contribuye al cálculo o estimación indirecta de estadísticas de población, cuando la información convencional es limitada o deficiente.

Pero, lo que es tal vez más importante, con el aumento de la disponibilidad de información a través del manejo de encuestas, la demografía ha entrado de lleno al diagnóstico analítico de las asociaciones entre variables, la teoría se ha enriquecido avanzando en la interpretación causal de los fenómenos demográficos. Como resultado de lo anterior, los modelos conceptuales se multiplican y adquieren creciente especificidad.

Creo que en México la profesión de demógrafo, esto es, la práctica y orientación de los estudiosos de la demografía, ha influido grandemente en la conceptualización de la demografía como rama del conocimiento, y en el lugar que ésta ha adquirido entre el conjunto de las disciplinas científicas. Ha sido el interés en las variables de población, y en su importancia teórica para entender los fenómenos sociales, lo que confiere a la demografía estatura de ciencia.

Es cierto que la demografía es una disciplina estadística, pero los métodos estadísticos, las técnicas de recolección y corrección de datos y de análisis de la información son medios para un fin sustantivo. Es dentro del campo de la demografía donde se verifica la descripción y estructuración de los fenómenos relacionados con la población, así como la configuración de

políticas y programas de población. El entendimiento, explicación y conformación de los fenómenos de población constituyen el elemento central de la disciplina y le confieren rigor científico.

Finalmente, la demografía, al igual que las otras ciencias sociales, es necesariamente interdisciplinaria. La aplicación e incorporación de los esquemas metodológicos —de otras disciplinas— contribuye al enriquecimiento de los planteamientos teóricos y la ampliación y diversificación de sus perspectivas. En este sentido, la demografía se ha beneficiado grandemente de las contribuciones tanto de aquellos cuyos intereses centrales recaen en otras ramas, como de los que han estado dedicados a la demografía pero que se asoman al exterior para incorporarle el conocimiento de otras áreas y campos científicos. A esta última categoría pertenece Gustavo Cabrera. Como demógrafo ha estado extendiendo sus horizontes e intereses para hacer del quehacer demográfico una actividad más significativa para la sociedad.

Como es sabido, una disciplina puede avanzar vinculada con o independiente del avance profesional correspondiente: Aunque no es necesario, sí es de la mayor importancia que la evolución profesional nacional concuerde con

el progreso científico. Sobre este punto podría decir que, a diferencia del estudioso estrecho en cuestiones de población, lo que distingue la obra y la personalidad de Gustavo Cabrera es su inserción plena y amplia en una etapa formativa de este campo: la profesionalización del demógrafo y la extensión de su ámbito conceptual.

El parteaguas que a partir de los años sesenta separa radicalmente al demógrafo actual de sus predecesores —estudiosos en materia de población— es la institucionalización de las tareas demográficas.

Si la creación de instituciones especialmente dedicadas a la formación de profesionales de la enseñanza y de la investigación demográfica no ha conducido al enclaustramiento gremial, se debe, en buena medida, a la orientación que a este devenir le ha conferido la trayectoria de Gustavo Cabrera.

Su contribución es fundamental en la nueva relación del demógrafo con la sociedad mexicana. La profesionalización del demógrafo no significó tan sólo intensificación y autoafirmación de relaciones de trabajo y de valores compartidos entre pares; creó también un nuevo acercamiento a los intereses sociales de la población. En otras palabras, el itinerario que Gustavo Cabrera señala al quehacer del demógrafo es el de

no ser sólo observador de situaciones y trayectorias, sino también protagonista de los acontecimientos que transforman permanentemente la sociedad de la que se es miembro, *cuyos intereses* son la preocupación principal de esta Casa, a la que hoy Cabrera ingresa. Le doy la más cordial bienvenida.

## ÍNDICE



Población y sociedad.....	7
Contestación por el señor Leopoldo Solís.....	47



Se terminó de imprimir el 29 de noviembre de 2013 en los talleres de Impresos Chávez de la Cruz, S. A. de C. V., Valdivia 31, Col. Ma. del Carmen, C. P. 03540, México, D. F. Tel. 5539 5108. En su composición se usó el tipo Garamond de 10.5:12.5, 9.5:12.5 y 8.5:10.5 puntos. La edición consta de 1000 ejemplares. Captura y composición de textos: Rebeca Rodríguez Jaimes y Laura Eugenia Chávez Doria. Editor: Hildebrando Jaimes Acuña.